

Desarrollo para La Paz

No hace mucho tiempo que di en EE. UU. dos conferencias sobre la Iglesia en América Latina. En las preguntas que se me hicieron al final de cada una, surgió el tema de la violencia.

Hice notar que la postura de la Iglesia, reforzada por la Encíclica "Populorum Progressio", considera a la violencia como último recurso, que no puede justificarse sino en determinadas circunstancias, sin que sea lícito generalizarlas para toda Latino América, y que, finalmente, existe una desorientación grande en todo este asunto que requiere un mejor desarrollo de la teología o de la ética para orientar a las gentes.

Los reportajes que se publicaron en la prensa en diversos países daban una impresión muy diferente sobre mis declaraciones. Uno de ellos hablaba de un obispo que aprobaba la violencia, aunque el texto declaraba que me había limitado a dar un análisis de la cuestión. Otro título me atribuía la afirmación de que la violencia en Latino América no es cuestión de ética sino de táctica. Pero lo que yo había dicho era que algunos cristianos mantienen este punto de vista, a causa de la situación particular de su país. En otro artículo se me consideraba con bastante rudeza como un Obispo satisfecho, vestido de seda y que se alimenta de manjares exquisitos. Naturalmente que me había de mostrar opuesto a conceder a los oprimidos el uso de la violencia, que constituye su único recurso. Los intentos de aclarar mi posición se entremezclaban con las recriminaciones. En conjunto constituyen una desusada experiencia periodística. No importaría todo ello gran cosa, si no se tratara de una materia tan importante.

¿Es posible hablar contra las injusticias sociales que existen en muchos de nuestros países, y a nivel internacional entre naciones ricas y pobres, sin ser considerado como un defensor de la violencia organizada? ¿Se puede uno oponer a esta recomendación general de la violencia para todas las diversas situaciones de América Latina, sin

aparecer como defensor del "status quo"? Sinceramente creo que es posible.

Situación prevalente en nuestros países.

Acaso la clave del dilema se halle en el verdadero concepto de desarrollo. En muchos países existe una minoría que se beneficia de la estructura capitalista tanto como productores como consumidores, frente a un número más o menos grande de sus conciudadanos que viven al margen de esta estructura, produciendo y consumiendo poco y no solamente participando en pequeña escala de los beneficios de la civilización, cultura y religión, sino a menudo siendo víctimas de una creciente necesidad y hasta de miseria. Una renta nacional de seiscientos dólares per cápita (cifra elevada para Latino América) significa poco para una población que puede estar percibiendo menos de cincuenta dólares por año.

Existen personas a quienes conviene conservar este "status quo". A veces debido a que ignoran estos contrastes. Así he oído a algunos ricos, que viven en contacto con gentes sumidas en la miseria, afirmar que realmente no hay pobres en su país. Se trata evidentemente de casos de insensibilidad y de ceguera de los que nosotros, como miembros de la Iglesia, somos gravemente responsables.

Esta situación se perpetúa y se agrava en muchos casos por otros factores. En algunos países existe un concepto de la política y de los partidos que considera todo el proceso político como si fuera un instrumento destinado a favorecer a los económicamente fuertes, como un sistema corrompido para repartir cargos y favores a los amigos, a veces a los menos competentes y que menos lo merecen. Aun concediendo un cierto margen de deshonestidad que es inevitable en todos los asuntos humanos, hay que deplorar el extremo a que se ha llegado. Recordemos las palabras de John F. Kennedy de que la honestidad en el gobierno

es la primera condición que se requiere en una democracia para conseguir el apoyo del pueblo.

El sistema en sí mismo, con sus tradicionales clases sociales, tiende a mantener este estado, incluso a través de medidas injustas con relación a los salarios, condiciones de trabajo, propiedad de la tierra, etc. A veces esta situación se mantiene con amenazas personales manifestadas públicamente contra todos aquellos que pretendan aplicar reformas sociales de cualquier género.

Es preciso denunciar tales abusos, porque llevados al extremo pueden provocar una revolución violenta y constituyen la "tiranía prolongada y manifiesta" a la que se refiere el Papa Pablo hablando de este asunto.

La injusticia internacional.

Esta situación de Latino América resulta agravada por ciertas injusticias económicas internacionales, fuertemente denunciadas en la "Populorum Progressio", que destruyen, empobrecen y humillan a nuestras naciones mucho más rápidamente que las sostiene la reducida ayuda extranjera. Los intereses económicos internacionales favorecen los sectores de pequeños capitalistas de nuestra sociedad, pero apenas hacen nada para evitar la situación deprimente de las masas.

Muchos políticos, organizaciones internacionales o personas privadas que pretenden aparentemente ayudar al desarrollo de nuestros países, pueden ahondar a veces la distancia entre los que tienen y los que no tienen, si se apoyan exclusivamente en un concepto de influencia de arriba a abajo, por medio de los gobiernos, para nuevas industrias, trabajos públicos, etc., pero olvidando el "factor humano", olvidando al hombre que constituye la base de estas formaciones, olvidando su asociación en grupos comunitarios, su liderato, su participación activa en el desarrollo.

El siguiente ejemplo puede servir para explicarlo. Recientemente se publicaron los resultados del aumento en la producción de artículos alimenticios en cierto país de Latinoamérica. Apparentemente la balanza de comercio estaba equilibrada. Pero un examen más detallado denunciaba que estos resultados eran el fruto de créditos y asistencia técnica concedida por el Gobierno a un grupo de grandes terratenientes, los cuales debido a su pericia consiguieron aumentar la producción. Pero al mismo tiempo se manifestaba el contraste con el resto de la población, la cual continuaba hundiéndose en su pobreza y falta de ayuda.

El pueblo debe participar activamente.

Hay que reconocer que a veces los Gobiernos se encuentran con medios limitados y en la im-

posibilidad de poder ayudar a los campesinos pobres, muchos de los cuales rehusan incluso este apoyo, pero es preciso encontrar la manera de ayudarles a través de grupos privados constituidos por ellos mismos, promoviendo la formación de líderes en centros rurales como base para una necesaria democracia.

Ejemplos parecidos pudieran aducirse con respecto a los sectores urbanos y sub-urbanos. El verdadero apoyo debe concentrarse no en el sub-desarrollo sino más bien en el hombre, en su familia y en su comunidad, que deben poder llegar a desarrollarse por sí mismas. De otro modo este apoyo puede producir el desarrollo de los sectores ya desarrollados, con olvido de los demás.

Estas son verdades de sentido común, pero que raras veces se ponen en práctica.

En la Constitución de la Iglesia en el Mundo Moderno (Nº 12) se dice: "De acuerdo con la opinión casi unánime de creyentes y no creyentes, los bienes de la tierra deben centrarse en el hombre".

Este es el problema fundamental, a saber: ¿Creemos en la dignidad y en la posibilidad de regeneración de cada ser humano, por pobre o ignorante que sea, por muy hundido que se encuentre en los vicios consecuencia de su situación actual? Hay que responder francamente que hay muchos que no lo creen, o que simplemente no se preocupan de ello. Y por ello aceptan como normal el estado actual de cosas.

Otros, que laboran en favor del desarrollo dentro del marco de las actuales estructuras, olvidan demasiado frecuentemente que la dignidad de cada persona humana demanda el desarrollo de sus capacidades de regeneración y su activa participación en su propia superación. Parecen olvidar también que sin este esfuerzo, el desarrollo económico de sus países será siempre muy poca cosa, ya que muchos continuarán al margen del mismo, sea como productores o como consumidores. La evolución política será también insegura, mientras existan grandes masas que continúen siendo presa de las propagandas políticas interesadas, procedan de la izquierda o de la derecha.

Ante tales obstáculos no es extraño que se desanimen muchos reformadores sociales, que desean aplicar los principios cristianos. Ni que al no encontrar otro camino para ayudar a estas masas hambrientas de un modo efectivo, se vean tentados a romper con todo y marcharse al monte, a fin de conseguir el derrocamiento del régimen existente.

Pero tales personas manifiestan con su conducta una ignorancia tan grande de la realidad como la tienen aquellos a quienes desean derrotar.

Se extrañan de que los campesinos no les sigan, sin caer en la cuenta de que el gran problema de los campesinos o de los indios consiste precisamente en su actitud pasiva, en su falta de preparación y en su desconfianza frente a estos redentores revolucionarios que les prometen tantas cosas. Prefieren más bien quedarse en su pobreza, conservar lo poco que poseen

Lo mismo puede decirse de las guerrillas. Porque si su fracaso sea debido en parte a la acción militar de las contra-guerrillas, este fracaso es debido sobre todo a que las masas a las que se quiere redimir ni buscan ni aceptan colaborar en esta clase de emancipación.

Advirtamos que no debemos caer en el peligro de generalizar en estas materias. Las condiciones que he descrito se refieren a algunas o a muchas de nuestras naciones, pero no a todas, ya que es difícil hallar dos iguales en este aspecto.

El problema de la violencia.

Veamos este problema desde el punto de vista moral, ya que un estudio teológico del mismo desbordaría los límites de este escrito.

Hoy se habla mucho de la violencia (si es más o menos que antes, toca a los historiadores el determinarlos). Existen varias formas de violencia en la sociedad: tácticas guerrilleras, disturbios raciales, terrorismo, resistencia oculta y guerra abierta, con su impacto amplio en las poblaciones civiles.

No trataremos de los efectos de la violencia que conducen a crímenes y que denuncian una mentalidad favorable a ella. El fenómeno no es exclusivo de Latino América. Pero en ella toma una forma especial conectada con la llamada "revolución social". Según muchos esta revolución social no se producirá si no es con procedimientos violentos.

Clases de revolución.

La palabra "revolución" supone en el siglo XX, especialmente en los escritos marxistas, el concepto de lucha de clases y de violencia.

Con todo, su uso difiere sustancialmente en Latino América. En un país puede significar solamente un golpe de estado militar que tienda a cambiar los líderes del mismo sin o con derramamiento de sangre, pero en todo caso tendente a consolidar las estructuras socio-económicas existentes.

En otros el término "revolucionario" se usa para describir ciertos partidos políticos aceptados constitucionalmente, que intentan conseguir el progreso social pero rechazan toda forma de violencia.

En algunos de ellos "revolución" significa dictadura conseguida y sostenida mediante la violencia; en otros puede indicar un cambio socio-económico y un progreso dentro del marco de libertad que conceden las disposiciones constitucionales. Si alguna vez ha existido un concepto equivoco en Latino América, éste lo es.

Pero no hay manera de evitarlo. En una ocasión cierto prelado europeo preguntó a un político católico de nuestro Continente si nosotros, los cristianos, debíamos hablar en Latino América de "revolución". Dicho político contestó: "Hablemos o no de revolución, ésta vendrá en todo caso con nosotros, sin nosotros, o contra nosotros".

En este mismo sentido Juan F. Kennedy dijo en cierta ocasión que aquellos que impiden la revolución pacífica están provocando la revolución violenta. El presidente de Estados Unidos Lyndon Johnson y con él otros estadistas mundiales han hablado de la revolución como medio de arrancar a los pueblos de su miseria. Y hace unos años, Hubert Humphrey, entonces senador, pensaba que el concepto de "evolución" era ineficaz para conseguir este cambio, ya que supone dejar que las cosas sigan su curso, mientras que hace falta provocar e impulsar estos cambios que se requieren si hemos de llegar a mejorar la situación del Continente. En este sentido el término "revolución" sería el más apropiado.

La Encíclica "Populorum Progressio".

Según la "Populorum Progressio" (párrafo 32) si tomamos el concepto de "revolución" en su amplio significado de "transformaciones radicales e innovaciones profundas", así como de "reformas urgentes que hay que emprender sin retraso", entonces "cada uno debe ocupar su puesto en ella con generosidad, particularmente aquellos cuya educación, posición y posibilidad les permite un amplio margen de acción".

Podríamos multiplicar los textos tomados de la "Constitución de la Iglesia en el Mundo Moderno" del Vaticano II, así como otros de las Encíclicas "Mater et Magistra", "Pacem in Terris" y "Populorum Progressio", todos los cuales son bien explícitos sobre este punto.

Muchas declaraciones, individuales y colectivas, de obispos latinoamericanos, insisten del mismo modo en la urgencia de estos cambios. Véase, por ejemplo, "Documento del Concilio de Obispos Latinoamericanos" (apartado 5278, Bogotá, Colombia), y especialmente la "Declaración de Mar del Plata" de Noviembre de 1966. Con todo, ninguna de estas declaraciones es partidaria de la violencia.

Si tomamos el término "revolución" en este sentido, entonces los cristianos debemos estar por

ella dondequiera que sean necesarios estos cambios, como sucede en la mayor parte de los países de América Latina.

Pero, para prevenir posibles malas interpretaciones que dicho término puede favorecer, es comprensible que prefiramos en la mayor parte de nuestros documentos eclesiásticos evitar este término y hablar más bien de "desarrollo" o de "cambio social".

La Teología de la Revolución.

Ultimamente se ha manifestado por muchos el deseo de que se desarrolle la llamada "Teología de la Revolución".

Este término puede ser también equívoco. En cierto sentido podemos admitir que esta Teología está en marcha, no para dar soluciones técnicas, sino más bien para señalar las metas convenientes a la dignidad de la persona humana que vive en sociedad.

Estas metas se urgen más y más por la Iglesia.

Pero si con este término de "Teología" se pretende indicar los medios para llevar a cabo la revolución o el cambio social, entramos inevitablemente en el campo de la violencia como en el de una posible solución.

Es cierto que algunas publicaciones católicas han hablado últimamente de la revolución como de una necesidad que incluye la violencia, pero a mi juicio se trata de una idea poco afortunada.

Su empleo haría aparecer todos los llamamientos hechos en favor de un cambio social, incluidos los de los obispos, como una invocación indiscriminada en favor de la violencia, cosa que está sucediendo de hecho tanto en las mentes de algunos, lo mismo que en sus programas políticos. Tal actitud llevaría a una posición de rechazo de cualquier otra medida menos radical, y convertiría el concepto de cambio social o de revolución en un objetivo político y militar, es a saber en la obtención del poder total.

Este modo de pensar evidentemente tiende a paralizar mucho de lo que se está haciendo actualmente en el campo de las reformas sociales y a entregar en las manos de los que conquisten el poder la imposición al pueblo, no sólo de un nuevo sistema político y socio-económico, sino también de su propia ideología.

La violencia como instrumento del cambio social.

Por ello creemos preferible prescindir de los términos "revolución" y "Teología de la Revolución" y preguntarnos sencillamente: ¿En qué casos puede considerarse a la violencia como justificada en orden a obtener un cambio social?

Frecuentemente se achaca a los católicos el empleo de la máxima "el fin justifica los medios". Pero nada hay más lejos de la Teología católica. Según ella, el medio que se emplee para obtener un fin debe ser honesto en sí mismo. Si del mismo se sigue simultáneamente un efecto malo junto con el bueno, el efecto malo puede permitirse tan sólo si el bien que se obtiene es proporcionalmente mayor que el mal.

Tal es el caso de la defensa propia, que puede llegar hasta la muerte del injusto agresor en orden a salvar la propia vida. Del mismo modo se explica el caso, clásico en moral, de una guerra justa emprendida para defender la propia nación contra un injusto agresor. Tal es el caso también de la defensa de los derechos de un grupo realizados con violencia y daño de terceras personas. En todos estos casos el efecto bueno debe superar al malo y mientras se permite este, solamente el bueno es el que puede pretenderse directamente.

El espíritu del Evangelio.

La violencia en todas sus formas es algo que rechaza el espíritu del Evangelio. El ejemplo de Nuestro Señor y sus consejos nos inclinan más bien a soportar el mal que a resistirlo con violencia. El movimiento pacifista, que rechaza toda clase de guerra y lógicamente toda otra forma de violencia individual o colectiva, es una expresión de este mismo espíritu y se le tolera en las naciones de tradición cristiana. Los ejemplos de Martin Luther King y del Hindú Gandhi, ambos víctimas de la violencia, son un testimonio elocuente en favor de la "resistencia pacífica" a la injusticia.

Pero, para muchos cristianos convencidos, hay ocasiones en que se justifica la guerra o la defensa propia en otras formas y se admiten aquellos medios que se consideran proporcionados a esta defensa e incluso se honra a aquellos que luchan por su patria en estas circunstancias. La desproporción de los medios destructivos de la guerra total son precisamente los que dificultan, si no es que imposibilitan del todo una justificación moral de estas guerras actuales.

La situación de violencia existe ya.

El problema no es tan claro cuando hablamos acerca de la violencia contra la autoridad constituida en una sociedad determinada como medio de obtener los derechos sociales o conseguir la justicia social. Este es el problema que se plantea por muchos hoy en Latino América. No podemos ignorar ni debemos ignorar el hecho. Hay muchos cristianos que lo discuten. De hecho, no pocos de ellos en Latino América se han decidido en favor de derrocar violentamente sus propios gobiernos y

el que no lo hagan se debe tan sólo a la consideración táctica. de que aún no ha llegado el momento y de que todavía no ganarían la batalla.

Su argumento fundamental, como yo mismo lo he oído exponer, es que existe ya una situación de violencia. Cuando hay una minoría que detenta el poder y lo usa sistemáticamente como medio de aumentar sus intereses propios y de impedir los esfuerzos para mejorar la situación de una mayoría necesitada, a veces en extrema miseria, consideran estos cristianos que existe ya un estado de violencia.

El reaccionar contra esta violencia no necesita el apoyo de ningún otro argumento moral. Se trata simplemente de una auto-defensa, y la cuestión se reduce a cómo y cuándo reaccionar.

Lo mismo que en el caso de una guerra justa —dicen éstos— hay que considerar primero las posibilidades de éxito. Así la violencia contra una autoridad establecida solamente debe emprenderse si se cuenta con un respaldo popular suficiente y con los demás requisitos que permitan esperar una victoria.

Juicio de esta opinión.

¿Qué puede decirse de este modo de argumentar?

Evidentemente que sus defensores condenan como un estado de "violencia institucional", el actual sistema nacional e internacional que destruye toda acción violenta tendente a evitar las injusticias personales que se cometen. Con la misma razón defienden la "contra-violencia" dirigida contra el sistema o contra las personas que lo propugnan. Esta distinción tiene su importancia para entender el problema. La contra-violencia se dirige principalmente en contra de las personas, militares, etc.; que protegen esta situación. Pero busca cambiar el sistema en sí mismo.

Una buena ley agraria, una reforma monetaria, un tratado internacional sobre control de precios, hacen más en este sentido que el incendio de las haciendas o el asesinato de los banqueros. Pero ¿es posible la aprobación de estas leyes y su aplicación práctica si se opone el poder público? Es necesario entablar un proceso político que tienda a la formación de la conciencia, de la gente, de los líderes, de los movimientos, de los partidos, de los mercados comunes de Latino América, en una palabra de todo un proceso de los grupos democráticos de presión. Es cierto que ello requiere tiempo, pero ya ha comenzado en muchas regiones.

Qué resultado puede dar la violencia.

¿Quedarían garantizados el desarrollo socio-económico de nuestros pueblos, así como su me-

jora cultural y espiritual derribando estos Gobiernos de gentes sin conciencia? ¿Qué es lo que pudiera ponerse en su lugar? ¿Qué podrán hacer los nuevos gobernantes? ¿Desaparecería la libertad en este cambio? ¿No se seguiría un estado de mayor opresión para todos, y en especial para aquellas mismas masas a las que se desea ayudar?

Cualquier revolución provocada deliberadamente debe pretender un fin claro y tener en sus manos los medios de alcanzarlo. Recuerdo que con ocasión de una revuelta en cierto lugar de América Latina, pregunté a un amigo católico que había participado en ella arrojando piedras a la policía: "¿Pretendía usted derribar al Gobierno?". —"Por supuesto", respondió. —"¿Qué pensaba Ud. hacer después?" —"No tengo la menor idea", me respondió. "Es cosa sobre la que decidiríamos más tarde".

En este modo de pensar se da un corto circuito, un romanticismo que rehusa enfrentarse con la realidad. Acaso intenta escapar a la realidad básica de que se requiere emprender un esfuerzo lento y constante de educación básica y organización social de las masas antes de que se conviertan en esas personas responsables y productoras que necesitamos para integrar una democracia laboral. El pensamiento de que el milagro se haría con tener un puñado de revolucionarios capaces de derribar a los gobernantes injustos, conduciría a una nueva fase de paternalismo. Por muy opresores que fueran los jefes del Gobierno, este "milagro" de desarrollo supondría una solución mágica.

Influjo de los cristianos.

Evidentemente, tiene que haber un programa previo.

Pero la siguiente cuestión que se plantea es saber si los cristianos envueltos en esta acción (puesto que estamos hablando de cristianos) podrían continuar manteniendo sus principios a lo largo de la acción emprendida.

Generalmente se trata de simples "aficionados" en estas lides. En primer lugar, han tenido que formarse la conciencia acerca del recurso a la violencia. Además han debido elegir escrupulosamente aquellos medios que no resulten desproporcionados. El terrorismo, por ejemplo, con la muerte de personas inocentes, suscita muchas y muy serias dudas morales.

Pero, además, tales cristianos se van a hallar pronto asociados, por lo menos en la práctica, con revolucionarios profesionales o con oportunistas sin escrúpulos, en cuanto al uso de la violencia en cualquiera de sus formas. ¿Quién piensa que sea fácil conservar el liderato conveniente a todo

este proceso hasta el fin?. La experiencia enseña que no son estos revolucionarios "amateurs" los que lo concluyen.

Notemos también esta observación: ¿Hasta qué punto esta violencia prolongada (especialmente si se halla acompañada por el terrorismo) no destruirá los valores cristianos básicamente humanos de la vida y del respeto para los otros seres humanos. Los cristianos del Vietnam nos han declarado que la gran tragedia de su pueblo es la total pérdida de confianza en sus prójimos. El amigo de hoy es el asesino de la próxima noche. La muerte en sus formas más violentas se presenta en cualquier lugar y en cualquier momento, sin exceptuar ni respetar a nadie. ¿Cuánto tiempo hará falta para rehacer los sentimientos humanitarios de un pueblo destrozado de este modo?

Cuando ya existe la violencia.

Finalmente, existe la opinión de que donde ya se practica la violencia, ésta se halla justificada.

Pero este juicio moral es acaso demasiado prematuro. En primer lugar, hay que rechazar toda generalización que se extendiera a todos los países de Latinoamérica. No puedo menos de rechazar cualquier generalización acerca de la "Revolución Latinoamericana", con la excusa de que ya existe en algunas partes. Cuando hablamos de revolución, es preciso referirnos a determinados países y aun a determinadas regiones.

Ciertamente que no podemos excluir la posibilidad de una situación determinada, que justifique la violencia contra la autoridad establecida. La historia nos habla de muchas de estas situaciones que merecieron la aprobación del pueblo cristiano de su época, o por lo menos con posterioridad. Así me parece ocurrió con la oposición armada al régimen de Batista en Cuba, por lo menos en su fase final. Muchos de los Gobiernos de nuestro Hemisferio tenían esta misma opinión, e incluso algunos ayudaron a derribarlo. Lo que después sucedió es difícil de enjuiciar. Pero por lo menos constituye una advertencia que no debe olvidarse. Cada caso debe juzgarse conforme a sus circunstancias, y cada persona debe formarse su propio juicio de conciencia.

En segundo lugar, suele decirse que hay casos en que la violencia se viene produciendo durante largo tiempo. Pero, ¿hemos llegado a verlo claramente? ¿O podemos nosotros los cristianos descargarnos de nuestra pasividad, de haber hecho demasiado poco hasta ahora, con el pensamiento de que podemos cambiar el panorama entero de golpe, o por lo menos manifestarnos contra esta situación para lavarnos de nuestra complicidad?

¿Podemos prescindir del hecho de que en nuestros países hay por lo menos algunos movimientos que trabajan en su reforma, algunas gentes que son socialmente tan cristianas como podemos serlo nosotros, cuyas vidas están dedicadas a esta causa, sin emplear la violencia?

¿Podemos olvidar que aquellos que se hallan indiferentes ante estos esfuerzos, proceden así porque nosotros no hemos predicado suficientemente las proyecciones sociales y humanas del Evangelio?

Tengamos siempre presente que no existen de muchos miles de líderes cristianos, no menos situaciones aisladas en Latino América, y que si nuestra posición puede ser intolerable, hay que admitir que se da un brillante despertar en toda la Iglesia y en los corazones, acciones y mentes que en otros líderes de buena voluntad, empeñados en esta tarea terriblemente difícil y compleja.

No podemos olvidar que la resolución de los grandes problemas sociales de hoy (tales como la explosión de la población, y el hambre creciente) conllevan una enorme dificultad bajo cualquier sistema. La impaciencia puede ser una santa impaciencia; pero una resolución paciente de laborar puede ser más santa y más valiente aún.

Personalmente, yo encuentro más heroísmo en aquellos que con energía y perseverancia se esfuerzan en echar los fundamentos y favorecer el desarrollo de los movimientos cooperativos, sindicales, comunitarios, etc., o en los que trabajan por el desarrollo social y político en los niveles superiores, que en aquellos otros que se inclinan a la violencia demasiado fácilmente o ingenuamente, o que aconsejan sencillamente esta solución a los demás.

Desde un punto de vista táctico, estos últimos se hallan más expuestos al fracaso; porque su "testimonio", aunque suscite admiración, frecuentemente retrasa el mismo proceso de desarrollo.

Los que prefieren atacar las estructuras existentes de un modo total e inmediatamente, rechazando toda clase de medias tintas, trabajando por derribar de un modo "violento" cualquier poder, pueden ser víctimas de un verdadero espejismo. Porque aunque justifiquen moralmente su actitud, les queda todavía el problema del desarrollo de las masas. ¿Es que han de decidirse por imponerlo con medidas de fuerza? ¿Cuáles pudieran ser estas medidas? ¿Cuál el concepto del hombre y de la sociedad?

Conclusión.

Ni la desesperación, ni el romanticismo, ni los consabidos efectos de los "slogans" demagógicos pueden prevalecer sobre una real dedicación al

hombre, al pobre de Latino América, que es nuestro hermano en el cual creemos, y al que deseamos ayudar en la realización de su humanidad responsable, dentro de una sociedad internacional y nacional más justa.

Otras personas podrán hablar y escribir con más eficacia y técnica acerca de estos problemas. Pero yo, como teólogo y pastor, deseo tan sólo invitar al lector a meditar plenamente sobre lo que esta elección de la violencia puede significar dentro del contexto de la "Populorum Progressio".

Evidentemente, yo no soy un "obispo latinoamericano que aprueba la violencia". Tampoco puedo yo, ni otro alguno, excluirla siempre y en todas partes. Cada cristiano ha de formarse su propia conciencia, pero siempre a través de un conocimiento exacto de la situación en que se halla y teniendo en cuenta los principios y los peligros que envuelve.

Debe, antes de saltar, mirar bien, muy bien. Ha de haber una justificación real, no sólo de la desaparición de un régimen existente, sino también del programa que se va a seguir, del fin que se busca, de los medios, del mismo programa elegido y de las probabilidades de éxito. Debe recordar

que nuestro mayor mandamiento nos manda el amar a nuestro prójimo y que si puede escogerse la violencia, no puede escogerse el odio.

La gran violencia sobre todas, aquella que "sufrir el Reino de los Cielos" es la violencia del amor. Mi experiencia es que donde hay unos cuantos cristianos, fortificados por el Evangelio y el llamado urgente que se encuentra en los modernos documentos de la Iglesia, se dedican a trabajar con toda sus fuerzas movidos por el amor en favor del desarrollo integral del pobre, y sobre todo si se hallan en contacto y cooperación con las mejores fuerzas que laboran en este sentido (más allá de sus fronteras, si dentro no son muchos) no sólo no morirá la esperanza en sus corazones, sino que la hará brotar en los corazones de otros.

La doctrina de la violencia en boca de algunos cristianos sinceros de América Latina debe convencernos de lo poco que hemos hecho hasta ahora por el pobre. Tenemos que hacer mucho más, y haciéndolo tenemos que disipar el espectro de la violencia que se ha apoderado de las mentes de muchos y que amenaza las vidas de muchos más.

Traducido de la revista "América", Abril, 27, 1968.

TELEVISORES SYLVANIA

con el exclusivo
HALO-LIGHT

Margen de luz que protege
sus ojos y pantalla
cuadrada. Disponible en
variedad de modelos.

●
**Agencias
Electrónicas, S.A.**

Calle Rubén Darío 531
San Salvador, El Salvador.

